

nieron unos chiquillos morenos, medio desnudos.

--Saluden a o senhor... Tú, Sandico; tú, Piqueno.

Y los muchachitos me estiraban las sucias manos, al tiempo que decían:

--¿Cómo teim pasado?

--Tragan a caçaza...—Mientras se fueron y uno volvía con una botella de caña que puso al lado del padre, éste hablaba:

--Tengo dos guriñhas más... Tú te debés reir. Estoy hecho un brasileiro; ché. La costumbre... La madre habla así... Los peones... Sabés, la costumbre... A veces me cuesta hablar como la gente...

--Tragan canecos;—gritó.—Vas a tomar un poquito, eh. Es de la buena...

Yo no sabía qué hacer. No quería darle a comprender a aquel hombre mi desilusión. Si alargaba la visita, no tendría qué decir.

Trajeron unos jarritos enlozados. Valdivieso sirvió caña y nos la alcanzó al peón y a mí. El no bebía.

--¿Y tú?...

--Si no se van a servir más... Yo tomo en la botella... Sos de confianza...

¿Qué le decía a aquel hombre?... ¿Cómo despedirme?... El me miró, y sonriendo, animado por el alcohol, con descarnada franqueza:

--Pucha, te veo medio como asustado. Creías encontrarme en otro tren, Con confort...

--¿Por qué negarlo?... Conocía de ese entonces tus ideas como las mías.

--Bah, todo aquello eran teorías, ocurrencias...

--No me negarás pueden triunfar.

--Pueden... Pero, verás...

No era el caso de polemizar, en continuas interrupciones a mi amigo, que me decía:

--Dos cosas que están en lucha no pueden continuar siempre así: una triunfa. Yo te voy a contar mi vida como si la estuviese viendo pasar: mirá...

Yo guardaba silencio, y entre un mate y otro, y un trago de caña, narraba, pachorriento, mi excondiscípulo su historia:

--Uno viene de la ciudad a pelear con el campo, cuanto uno afloja, la pierde. Yo me acostumbré a esto, sin querer, deseando resistirme... La despreocupación es como la sombra de la aruera: cuando uno menos quiere acordar, está dañado; ¿entendés?...

Hace tantos años llegué aquí con mi juventud, con mi título de ingeniero agrónomo y todas aquellas novelarías fresquitas de los muchachos. Venía a la estancia de don Toco Andrade, amigo íntimo de mi padre, a trabajar con él, si posible fuera.

Como tú, sentí la impresión fea de esto. Salió un negro viejo a recibirme,

y me ladró la perrada, y me hicieron sentar a la sombra de los ombuses.

La casa ya estaba vieja, ese pozo que hace el agua que cae del caño también estaba allí, y el campo, como siempre, callado y triste...

¿Nunca te ha parecido que el campo está como en una atención de oír?...

— . . . . .

--Será por esa tristeza... Por esa puerta salió un hombre gordo en ca-

## MONTIEL BALLESTEROS

*Le conocimos en Florencia. Es cónsul del Uruguay en esa ciudad.*

*Nos hizo vagar románticamente una noche a orillas del Arno y por las calles seculares, misteriosas y pobladas de leyendas, vecinas de la Plaza de la Signoria. Cerca del Ponte Vecchio, un niño cantaba acompañado de una mandolina:*

*Santa Lucia  
luntano á te  
quanta malincunia!*

*...Y las notas de la canción napolitana, a quienes la voz infantil pusiera alas, se alejaban sobre el rumor majestuoso del río que se perdía entre las sombras.*

*Este es el marco que tiene en mi memoria, el recuerdo del joven escritor uruguayo, alto y fuerte, de risa franca en cuyos labios suenan con alacridad sus versos inspirados en Walter Whitman.*

*Es de aquellos intelectuales que no se extasían—incensario en mano—ante el altar del arte, mientras la infancia del siglo pasa a su lado sin conmoverlos. Él ama la vida de la Tierra, el cuerpo del hombre y les canta con frase leal que no conoce los retorcimientos enfermizos, y su canto no es pasivo, ni clínico, ni soberbio. En la prosa y el verso de Montiel Ballesteros, que hemos podido apreciar en sus «Cuentos Uruguayos» y en su «Savia», se siente que hay tenso y vibrante un nervio sano; sus páginas, son veraces, humildes y nobles.*

*Le oímos indignarse con ira sencilla, sin asomos de pose, ante la patriotería italiana llevada al paroxismo en aquellos días de elecciones de diputados, y escuchándolo pensamos, mientras contemplábamos su cuerpo fuerte y joven, que en él tiene la intelectualidad latinoamericana, una noble realidad.*

CARMEN LIRA

miseta. Era don Toco Andrade. Me saludó, y luego de leer la carta que yo mismo había escrito—con mucho floreo—y había firmado mi padre, hizo un signo de aprobación y comentó:

--O Valdivieso e muito amigo meu...

--Se golpeó la panza con la palma de la mano; como llevando el ritmo de la frase, y repitió:

--E ver-da-de... E ver-da-de...

Se hizo un largo silencio. Yo miraba todo, curiosamente. El espantaba las gallinas que se le querían subir a las piernas. Ordenó que cebaran el mate,

y como eu un vago soliloquio continuo:

--Entaum u home quer trabalhar. Muito bein...—y se volvía a golpear enorme barriga.

Trajeron el mate amargo, que yo aun no tomaba, y después la caña para asentar el amargo y que, más tarde, terciada con bitter, servía de aperitivo.

Cayó la noche, en los árboles piron algunos pájaros, y en la sombra del campo brillaron los bichitos de luz, y bien que no fuera muy bueno el recibimiento, la novedad del campo me distrajo.

--¡El hombre tiene gana de trabajar! —me daba vuelta en la cabeza la frase de mi huésped.— ¡Sí, trabajaría el hombre!...

El señor Andrade me presentó la familia, cuando fuimos a cenar. Yo había visto ya los ojos oscuros de las brasileritas, sus hijas, espiándome desde lejos. Casi no se conversó en la mesa. Todo el mundo miraba los platos, y yo entreveía un tono de sorna en la conversación parca de mi anfitrión:

--Entaum vosé eun reformador...

--Sim, os libros falhan muito bein... falhan soos...

— . . . . .

La nerviosidad, el cansancio, la cama mala y sucia, no me dejaron dormir. Al otro día temprano me fuí a la cocina de los peones. Prefería quizá un tanto aquella tosca sociedad a mi brasileiro irónico. Después me hizo llamar, y de nuevo, en sitio distinto al de la tarde porque ahora estaba de otro lado el sol, nos sentamos a la sombra de los ombuses. Iba y venía el mate; los pollos y las gallinas picoteaban la tierra entre nuestras piernas, y los perros perezosos que dormían, estirados, paraban las orejas, levantaban la cabeza y salían ladrando en tropel cuando pasaba alguna carreta o algún viajero por el camino...

Yo no encontraba oportunidad para explayarme en mis proyectos, y aplazaba tal conversación.

Después del almuerzo, como hacía calor, me pusieron un catre de lona bajo el ombú, para dormir la siesta.

Y un día y otro... y otro...

Empecé a tomar mate; otra vez probé la caña... Y no la encontré mala, eh...

Aquella vida era tan aburridora...

El señor Andrade, haciendo alarde de la confianza que le merecía, me dió a contestar sus cartas, y abrí las cuentas de la estancia para llevarlas en forma.

Me habitué a las siestas; después tomábamos mate con mi hombre, y seguía aplazando mi negocio, salvo cuando pasaba de los dos o tres tragos de caña y me veía obligado a hablar...